

MEMORIA LITÚRGICA

Con la sobriedad que le caracteriza, así recoge su memoria el *Martirologio Romano*: En Tuy, en la región de Galicia, en España, **beato Pedro González, apodado Telmo**, presbítero de la Orden de Predicadores, que trató de ser tan humilde como en el pasado había deseado la gloria, y se entregó a ayudar a los más menesterosos, sobre todo a los marineros y a los pescadores. († 1246)

Oración colecta (del Propio de la Orden de Predicadores)

Oh Dios, que por el beato Pedro ayudas de modo especial a los que corren peligro en el mar; concédenos, por su intercesión, que la luz de tu gracia brille como faro en las tormentas de nuestra vida, para que podamos arribar al puerto de la salvación eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

Himno del común de Pastores (Laudes)

Puerta de Dios en el redil humano / que Cristo el buen Pastor que al mundo vino / glorioso va delante del rebaño/ guiando su marchar por buen camino. Madero de la cruz es su cayado / su voz es la verdad que a todos llama/ su amor es el del Padre, que le ha dado/ espíritu de Dios que a todos ama. Pastores de Señor son sus ungidos/ nuevos cristos de Dios, son enviados/ a los pueblos del mundo redimidos / del único Pastor siervos amados. La cruz de su Señor es su cayado/ la voz de su verdad es su llamada/ los pastos de su amor, fecundo prado/ son vida del Señor que nos es dada.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Iglesias Almeida registra los siguientes datos: Pedro González Telmo, religioso de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, nace en Frómista, provincia de Palencia, hacia el año 1185. De familia noble y sobrino del obispo de Palencia, don Tello Téllez de Meneses, bajo cuya protección realiza sus estudios en aquella capital. Siendo deán de la catedral de Palencia, según recoge la *Legenda* de sus milagros, le ocurre uno de los principales hechos que marcarían su vida; circunstancia que sus piadosos devotos resaltan entre las representaciones iconográficas de sus milagros y asimilándolo a la conversión de san Pablo. Se trata de la caída del caballo cuando paseaba por las calles de Palencia: cayó arrojado a un inmundado lodazal, enfangándose sus ricas vestiduras.

Sería este hecho el que le haría reflexionar sobre las vanidades de la vida y, como san Pablo, sentir la llamada del Señor a su servicio. Así entra en la Orden de predicadores en el convento de San Pablo de Palencia, que había sido recientemente fundado por el propio santo Domingo de Guzmán. Desde entonces, su labor evangélica fue continua e incansable. Recorre la geografía hispánica de aquel entonces, predicando la palabra de Dios de la misma manera que lo habían hecho los primeros discípulos del Señor. De este modo, asiendo el bastón apostólico y con el libro en la mano izquierda, aparece en las primeras representaciones iconográficas.

Llevado de este fervor evangélico, se interna en las comarcas más apartadas de la península y en particular en la que constituía la antigua *Gallaecia Bracarense*, al norte de Portugal y sur de Galicia, haciendo su principal asiento en Tuy, antigua ciudad episcopal, centro principal de aquella

comarca. Su gran fama de predicador viene ya avalada de antaño, tal como sus biógrafos hacen resaltar, y así lo vemos como confesor del rey san Fernando III cuando la toma de Sevilla a los musulmanes, o arengando sus tropas antes de la referida toma, también representado en los relieves del coro catedralicio tudense.



Fruto de sus inquietudes, que hoy denominaríamos sociales, encontramos su labor en pro del bienestar de las gentes de su época, promoviendo la construcción de los puentes de Castrelo de Miño, cerca de Ribadavia (Orense) y en A Ramallosa, cerca de la marítima Bayona en el Valle Miñor, cuyas obras nos son conocidas gracias a los referidos milagros recopilados en los años inmediatos a su muerte, por el obispo don Gil Pérez de Cerveira.

A través de la citada *Legenda* de sus milagros sabemos de sus actividades apostólicas, particularmente las efectuadas entre las gentes del mar, que lo han adoptado como santo patrón y, han extendido, a su vez, su culto por todos los numerosos puertos de mar de la península Ibérica, islas del Atlántico e

incluso por la costa iberoamericana. Estos mismos marineros bautizaron con su nombre el llamado «fuego de santelmo», ráfagas luminosas que por el efecto de la electricidad aparecen en los mástiles de los barcos. En su iconografía, también desde antiguo, el santo se representa con una vela encendida en una mano o a sus pies, y frecuentemente con un barco en la otra mano. Bajo su nombre navegaron tanto barcos de guerra como de transporte marítimo en tiempos pasados. Fallece en Tuy a mediados del mes de abril, un primer lunes de Pascuillas, hacia el año 1249. En el año 1254 el Papa Inocencio IV lo beatifica, y el 13 de diciembre de 1741 el Papa Benedicto XIV confirma su culto.